

En la muerte de José Antonio Torroja

Existe un general consenso en que José Antonio Torroja ha sido un magnífico proyectista, un estupendo profesor y un excelente gestor de las instituciones que, en uno u otro momento, dirigió. Otros analizarán con más conocimiento de causa las distintas facetas de su brillante trayectoria profesional. Yo quiero centrarme en las cualidades humanas que han hecho posible esa trayectoria.

Afable, liberal, generoso, discreto, con aparente timidez, mucho sentido del humor y un punto de astucia, la figura de José Antonio responde a la “educación no vulgar” que Agustín de Betancourt deseaba para sus ingenieros: “la cual – decía – no solamente hace recomendables a los hombres en el trato con los demás sino que también da ese tacto fino que, en ciertos casos, suele servir aún más que la ciencia.”

He tenido la suerte de tratarlo durante más de sesenta años. En otro sitio he aludido a su estreno como profesor amistoso, más joven que muchos de los alumnos. Al heredar la oficina de su padre, se estableció en un local de la calle Sánchez Pacheco en que lo frecuenté, pues estaba puerta con puerta con la oficina de mi hermano Clemente. Allí hicieron sus primeras armas mis compañeros Juan Herrera y Avelino Samartín, de los que quedaría ya como amigo entrañable. De entonces datan algunos trabajos notables, como la estructura laminar de la iglesia de Guadalupe, sobre proyecto de Félix Candela.

Cuando en 1973 se creó la Escuela de Caminos de Barcelona formaba yo parte de la Comisión gestora. Nuestra primera preocupación fue proponer un director provisional, que aportase la seriedad y los valores de la Escuela madrileña. Llegamos a la conclusión de que José Antonio era el director adecuado; le invitamos a visitar Barcelona y a mí, que era el único que lo había tratado, me tocó mostrarle – cosa fácil – las maravillas y las ventajas de la ciudad; pero para que aceptara el cargo fueron necesarias las dotes persuasivas de José Espinet. Me pidió nombres de ingenieros que, en un primer momento, pudieran servir como profesores del centro. Le di los de algunos muy valiosos; pero, tras entrevistarlos, prescindió de los que consideró conflictivos, pues su prioridad era crear un clima de paz, restañando las heridas que la creación del centro había originado. Su huella en Barcelona fue suave, pero duradera. En el índice onomástico de la historia de aquella Escuela, escrita por Francesc Xavier Puig Rovira, las referencias a José Antonio son, con diferencia, las más numerosas.

Entre 1981 y 1989 dirigió la Escuela de Madrid. A pesar de ser catedrático de una asignatura tan técnica como Hormigón Armado y Pretensado, se preocupó de dar especial impulso a las iniciativas culturales de los alumnos, llegando a defenderlos en alguna ocasión en que las actividades, vinculadas a la “movida madrileña”, produjeron problemas de orden público.

Entre 1989 y 2000 presidió el Colegio de ingenieros de Caminos. Apoyándose en tres secretarios generales de muy distinto perfil, Sanfcliz, Gistau y Fernández-Simal, mantuvo la unidad del Colegio y sus demarcaciones regionales y estableció una fructífera colaboración con la Asociación de Ingenieros de Caminos y sus homólogas extranjeras. En 1992 preparó una enjundiosa ponencia “Ingeniero especialista e ingeniero generalista” en que dejó claro su pensamiento sobre los retos a que en aquel momento se enfrentaba la profesión.

Personalmente he de agradecerle el empujón que me dio para escribir una historia del Colegio, que acabé convirtiendo en un libro sobre Los ingenieros de Caminos. Y quiero recordar una pequeña anécdota que es indicativa de su talante: en 1998, al final de un acto en el Colegio, eché en falta una vieja bufanda que había dejado en el perchero y, como era una fría noche de

diciembre, pregunté a unos y otros. Alguien lo debió comentar a José Antonio pues el día de Nochebuena me despertó un emisario que traía una estupenda bufanda, con la tarjeta del presidente del Colegio.

Se enfrentó pronto a graves problemas de salud, que no le impidieron mantener sus relaciones afectivas con el mundo de la profesión. Lo recuerdo tras el funeral de Begoña García-Diego, bajando despacito, apoyado en el brazo de su mujer, la escalinata de los Jerónimos. Y también, en otro acto de la Fundación Juanelo Turriano: la inauguración de la exposición sobre Félix Candela y el posterior almuerzo.

Siguió cuidando, hasta el final, la memoria de su padre. En octubre de 2018 se celebró en Zamora el 75 aniversario de la inauguración del puente sobre el Esla, el viaducto Martín Gil, en que don Eduardo había colaborado; y causó la admiración de los presentes verle llegar en silla de ruedas a una sala de difícil acceso.

En enero de 2019 acudió a apoyarme en la entrega del título de Colegiado de Honor y tuvo palabras cariñosas, que solo a medias pude entender. La foto de aquel día es la última en que, hasta el momento, ha aparecido en la Revista de Obras Públicas que durante veinte años él presidió.

Decía Fernández Almagro, en su historia de la Restauración, que a Cánovas se le admiraba, pero a Sagasta se le quería. Pues bien, a José Antonio Torroja, en el mundo de la ingeniería, se le quería tanto como se le admiraba; lo que resulta insólito en un ambiente dominado por celos profesionales y fuertes intereses económicos.

Fernando Sáenz Ridruejo